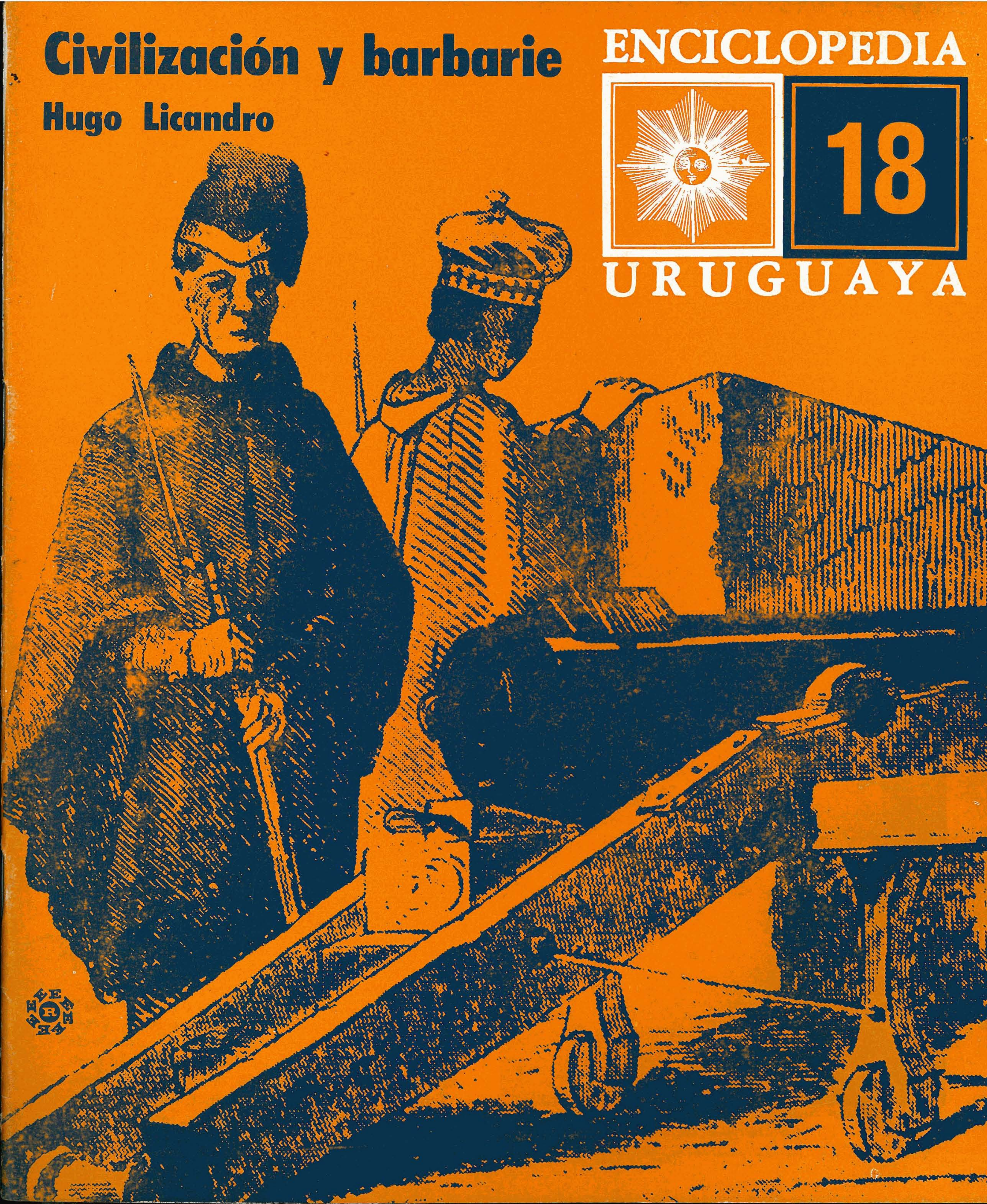
Civilización y barbarie

Hugo Licandro

ENCICLOPEDIA URUGUAYA 18



Civilización y barbarie

Hugo Licandro



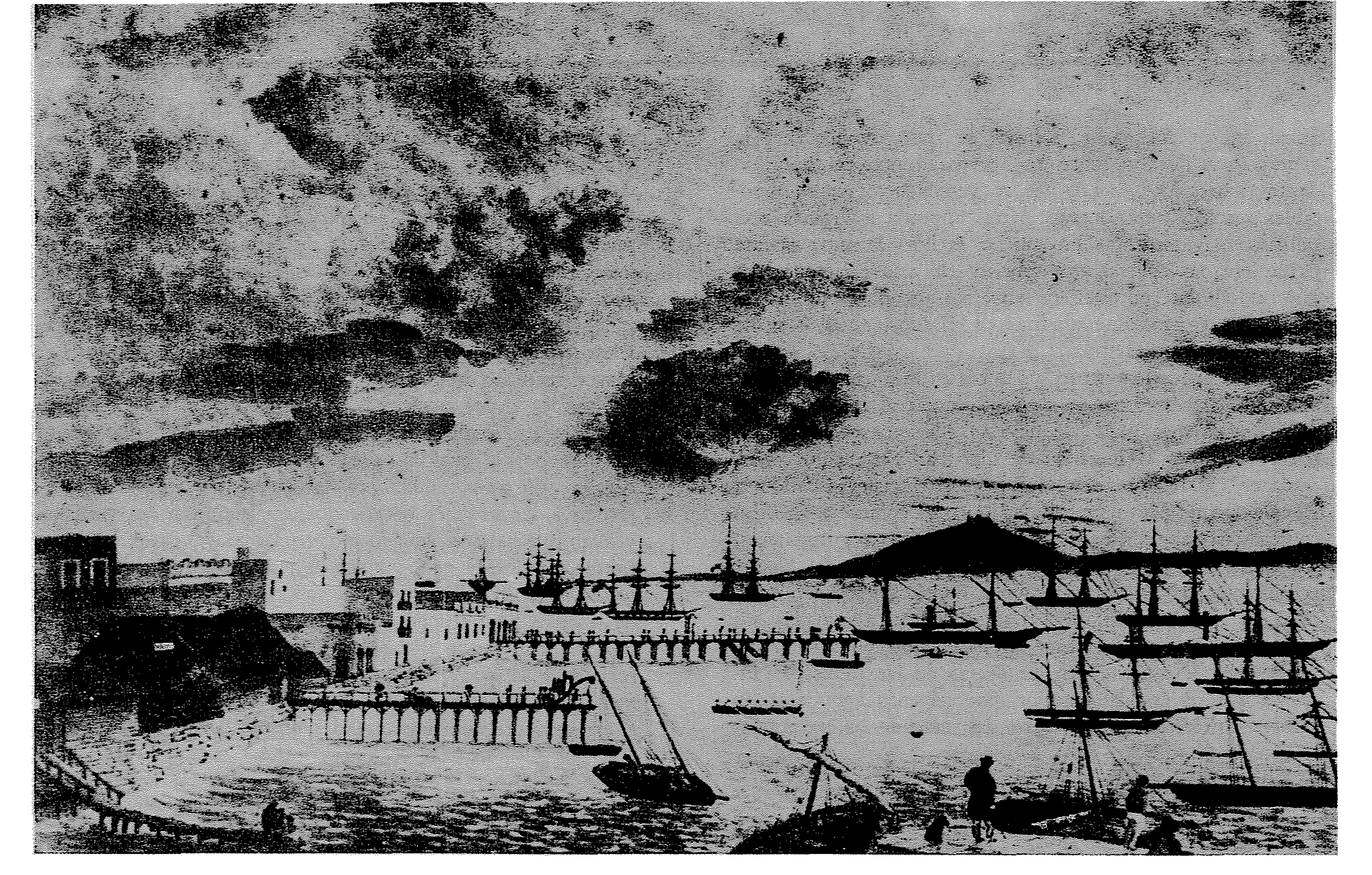
¿Civilización o barbarie?

(Oleo de Juan Manuel Blanes)

La Europa industrial y el Plata

La Revolución industrial, iniciada en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII y que luego se trasmitiera a los principales estados europeos, incidió de manera fundamental en la historia de todo el mundo, aún en aquellos países más excéntricos al núcleo europeo. Se constituyó un mercado mundial. El capitalismo industrial que entrañaba la obra conjunta y privada de capitalistas sólo podía satisfacer las expectativas de éstos si ampliaba indefinidamente los mercados, es decir, los consumidores, porque como bien decía en 1849 Benjamín Poucel, francés residente en nuestro país, "sin consumo, la producción se vuelve el peor mal de nuestras sociedades industriales" pues el exceso de productos trae consigo "un malestar universal en el cuerpo social". Se refería a las conocidas consecuencias de la paralización de las fábricas: desocupación, hambre, motines o revoluciones, ciclos reiterados en Europa en la primera mitad del siglo XIX. Era, por otra parte, el asombroso hecho de la miseria en la abundancia que los economistas definían como crisis de superproducción o de superpoblación dejando perplejos a aquellos que debían sufrir sus efectos. "Jamás, en ninguna otra época —observaba en 1832 un dirigente de los sindicatos británicos— fue invocada la abundancia como una causa de miseria"; azorado ante las penurias de sus compañeros de clase volcaba sus dudas preguntando: "Buen Dios ¿dónde está esa abundancia?".

Sin embargo, desde el punto de vista del empresario, la había y sólo exportando el exceso de mercaderías u hombres, según las circunstancias, podría mantenerse la paz social, sin rebajar las ganancias. Burgueses y estadistas de Inglaterra y Francia, los países más avanzados industrialmente, escrutaban el mapa del mundo a la búsqueda de mercados. Y "¿Qué campo más vasto y más fecundo que la América, donde inmensos desiertos piden brazos; y en América, qué cielo más hermoso, qué suelo más fértil que el del Río de la Plata?", proclamaba M. Poucel.



1848. El puerto enajenado a la Sociedad de Aduanas. *Vista de los Muelles de Parry y Gowland.*

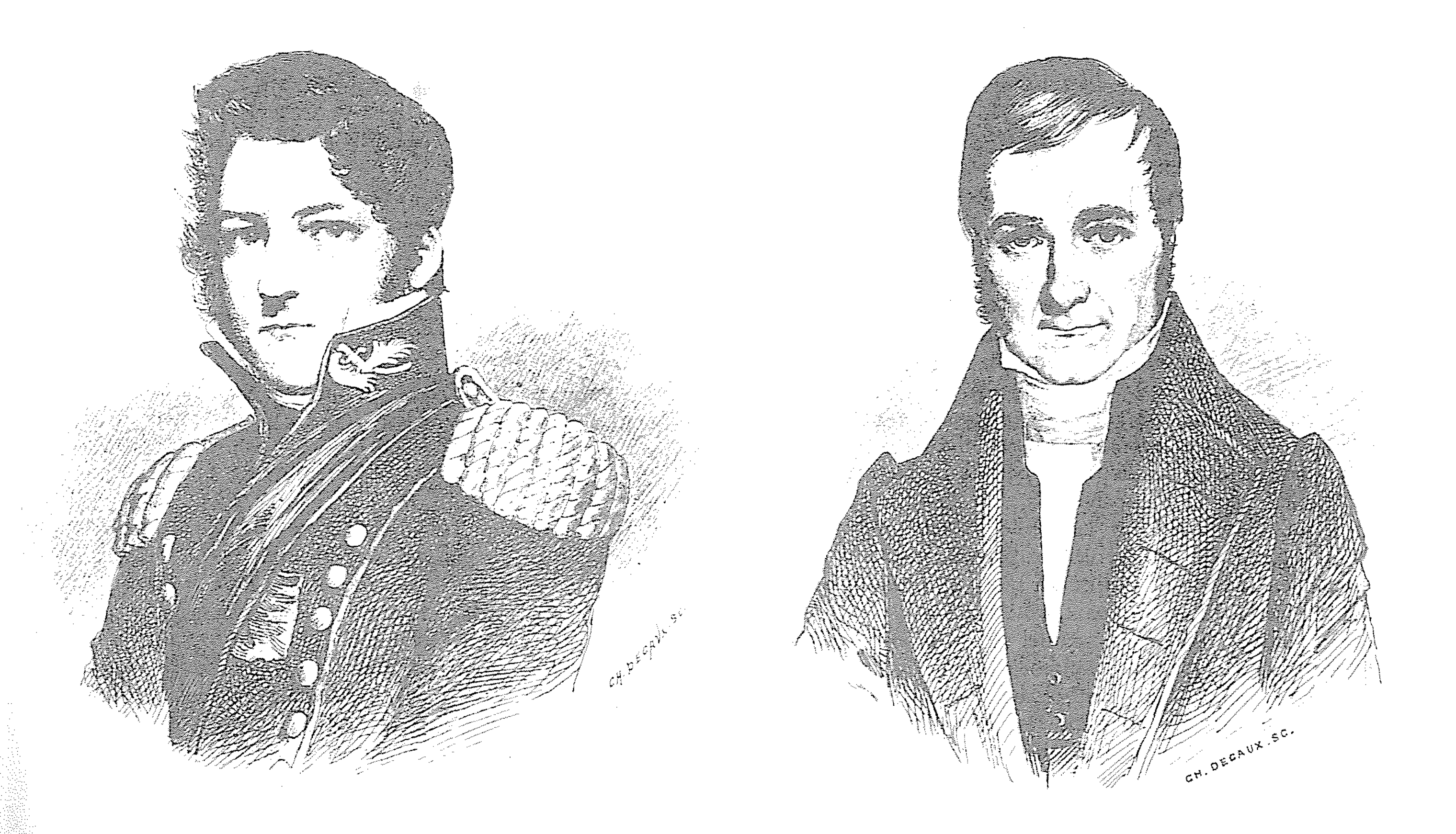
Esos países industriales necesitaban, pues, exportar sus productos industriales y aliviar la presión demográfica mediante la migración de colonos hacia América que a su vez ensancharían el mercado habida cuenta de los hábitos y necesidades ya adquiridas en sus países de origen. Los nuevos estados ríoplatenses habrían de proveerlos de materias primas para alimentar sus industrias de transformación. Quienes comandaban los destinos de los nuevos países —las oligarquías de comerciantes y hacendados— aceptaron casi sin discusión esa división del trabajo internacional que Europa imponía por el solo hecho de su ventaja en el desarrollo industrial.

La decadencia de las artesanías provinciales que había comenzado en el período colonial por efecto del contrabando o comercio lícito practicado por los ingleses, no fue interrumpida por la Independencia. Por lo contrario, las guerras de la revolución y las civiles, como también la política seguida por los gobiernos patrios, mantuvo esas artesanías en el estado letárgico en que se encontraban en los últimos años de la Colonia. Los hombres que dirigieron nuestros destinos desde la década del treinta se enfrentaban a un sistema de relaciones, hubiesen o no contribuido a forjarlo, que embretaba sus avideces en el camino más fácil, y éste era la corambre como casi exclusiva ocupación nacional en el rubro de exportación hacia Europa, o la simple introducción de una industria más variada y mejor que la existente aquí. En un artículo del *Defensor de las Leyes,* periódico montevideano, se comentaba que para merecer el nombre de industria nacional, debía tratarse de una industria capaz de poseer un amplio mercado nacional y extranjero, y que estuviese tan adelantada que pudiese "competir con la de otros países en la buena calidad de sus productos, y en lo cómodo de sus precios". Como no era posible transformar las rudimentarias artesanías nacionales en verdaderas industrias, concluíase que lo conveniente era desarrollar un sistema franco en las relaciones económicas con Europa, facilitar el ingreso de las mercaderías extranjeras mediante un régimen de tarifas aduaneras liberal, mercaderías que por vía fluvial o terrestre penetrarían en el interior de estas repúblicas. Vislumbrando las ulteriores consecuencias del liberalismo así entendido protestó alguna voz en polémica con el periódico mencionado; esa dependencia de la industria europea, se decía, en lugar de beneficiar a estas naciones podría transformarlas en colonias extranjeras.

El temor al imperialismo no era infundado como lo demostraría el permanente intervencionismo de Francia e Inglaterra en la política platense. Respecto a Inglaterra la penetración pudo aparecer con el rostro más sutil y pacífico de las relaciones comerciales; la gran nación había sido favorable a la consolidación de la independencia política de América, el reconocimiento internacional y los grandes beneficios que la oligarquía ríoplatense obtuvo con el libre comercio, le confirmaba las ventajas de abrirle sus puertos. En cuanto a Francia sus vínculos fueron más lentos porque el propio desarrollo industrial francés era inferior al inglés y porque el sistema impuesto por la Santa Alianza limitaba su acción. Recién a partir de 1830, instaurada la Monarquía de Julio, en la que la burguesía francesa ad-

quiría mayor influencia política, se trató de absorber la ventaja que llevaba Inglaterra, pero entonces, el dominio de los mares por ésta, y los convenios comerciales favorables suscritos con Buenos Aires, imponía a Francia una política más violenta. En mucho facilitó la intervención extranjera las grietas que abrían en estas naciones las guerras civiles porque los diversos bandos criollos se entrelazaron, mediante alianzas de circunstancias, con las potencias europeas.

Estas guerras tuvieron sus raíces en la propia estructura colonial; la subordinación de las colonias al interés monopólico de la metrópoli bosquejó en ellas una economía en parte vinculada al mercado de ultramar y en parte encerrada en circuitos regionales o interprovinciales. Cuando la Revolución de Mayo rompió las vallas al comercio, agudizó contradicciones ya creadas por el comercio con Inglaterra; así Corrientes, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero, productores de tejidos, alfombras, ponchos, etc., con mercado en el Alto Perú o el Litoral, vieron arruinadas sus primitivas industrias porque al hacendado porteño o del litoral más le aprovechaba proveerse de las industrias inglesas que de las del interior, por ser más ventajosas en calidad y precios. Por otra parte, las mercaderías extranjeras pudieron ingresar más abundantemente desde que las provincias ganaderas aumentaban, a su vez, las exportaciones de cueros. A este conflicto se agregó el creado por la oligarquía porteña, afanosa en imponer a Buenos Aires como puerto único para el comercio de ultramar y de monopolizar el producido de las rentas aduaneras. Las guerras civiles incluyeron además otras motivaciones que, sin ser independientes de aquellas contradicciones interprovinciales, ofrecen un carácter específico de conflicto social. La mayor facilidad que otorgó la Independencia para comercializar los frutos, acreció la avidez por ensanchar los latifundios ya existentes; en 1822 se discutía en Buenos Aires una ley por la cual las tierras fiscales pasarían a manos privadas en tales condiciones que previsiblemente se favorecería a los grandes hacendados, en perjuicio del gaucho que aprovechaba el ganado cimarrón que pastoreaba en las tierras públicas y que, por esa ley, quedaría privado de la única manera de hacerse libremente propietario de algo, de la carne para alimentarse o del cuero para comercializar. Era indudable que dicha ley ahondaría las desigualdades sociales y la potencialidad de graves discordias; por eso Paso previno en dicha oportunidad: "Seguramente... no es conveniente que haya grandes propietarios y un montón



Juan Manuel de Rosas y Felipe Arana, rigor y flexibilidad para una diplomacia antieuropea.

de hombres pobres alrededor, todos en dependencia de aquellos. . .".

Sin embargo, así se hizo; el gaucho sin papeleta de conchabo fue considerado vago y ladrón e integró una masa campesina descontenta cuando no pudo encontrar la protección del caudillo. Las facciones políticas y los caudillos surgidos desde la Revolución y en el transcurso de las guerras civiles, aprovecharon esa masa y con ella forjaron sus ejércitos. Las clases inferiores no llegaron a disputar de manera orgánica el poder a la oligarquía; fue lo general el que buscasen la justicia a través de la propia oligarquía —elemento culto o poderoso— y de los caudillos —quienes, por otra parte, integraban aquélla—. Los caudillos eran indispensables para los gobiernos de estos estados incipientes, carentes de una red de funcionarios, como nexos con el resto de la sociedad. El caudillo de toda una región o de una pequeña localidad se transforma legalmente en Comandante de la Campaña o Jefe de Policía, respectivamente, y se le confiere un mando y una jurisdicción para solucionar pleitos. La primera discrepancia con el gobierno central lo convierte en un opositor capaz de levantar ejércitos revolucionarios. La poca densidad demográfica, la inexistencia de una amplia y efectiva red de comunicaciones, campos que lluvias copiosas hacían intransitables al crecer ríos y arroyos, eran todos factores que dificultaban la acción represiva del gobierno. Los conflictos interprovinciales, las rivalidades entre las fracciones de la misma oligarquía, el descontento de las clases inferiores, y los planes europeos, fueron los factores conjugados de las permanentes guerras civiles; cabe en esta definición la salvedad que ya señalara Miguel Cané desde las páginas del *Iniciador* respecto al papel jugado por las clases inferiores; al pueblo —decía— "lo hemos hecho frecuentemente el instrumento de nuestras convulsiones políticas, sin que jamás, o al menos, muy pocas ocasiones él haya sido el motor".

A algún viajero europeo aquel mundo podía parecerle la barbarie rediviva; frente a estados europeos con gobiernos centralizados cuyo poder administrativo se hacía sentir sobre toda la nación, la anarquía rioplatense aparecía como un error humano a corregir, como un buen argumento para justificar cualquier intervencionismo, porque podía disfrazarse con oropeles altruistas, tal como postulaba en 1840 M. Daru, diputado francés: "es una noble y digna misión para nosotros... civilizar a esos pueblos y ayudar su evolución".





Rivera y Oribe. Al final se pusieron de acuerdo contra la intervención extranjera.

Los partidos orientales y argentinos

En primer lugar, hacía muy pocos años que el Estado Oriental dejara de pertenecer al conglomerado del antiguo Virreinato y los porteños propietarios de campos en la Banda Oriental habrían de entender que sus derechos no caducaban porque aquélla se transformara en estado independiente. La conmoción de la revolución artiguista en cuanto a redistribución de la propiedad territorial y los subsiguientes conflictos inherentes a las nuevas alteraciones que sobre la materia se hizo durante la Cisplatina y los primeros gobiernos patrios, que quedan sintetizados en los pleitos entre ocupantes y propietarios, incluyeron a varios porteños que gravitaban en la política argentina. En segundo lugar, los porteños que ayudaron a financiar la cruzada libertadora de Lavalleja vivían la expectativa de reembolsar sus créditos, luego de terminada la guerra con el Brasil. En tales condiciones estaban los argentinos Alzaga, Larravide, Beláustegui, Díaz Vélez, etc., que reivindicaban tierras ocupadas por otras personas bajo diversos títulos. También eran argentinos Félix Castro, Braulio Costa, Trápani, quienes financiaron a Lavalleja en 1822 u otros como Lezica, Anchorena, el mismo Alzaga, que hicieron otro tanto en 1825. Casi todos ellos pertenecían al grupo adicto a Rosas, y eran, por otra parte, herederos o sobrevivientes del antiguo grupo monopolista español; en tal categoría estaba Alzaga, Anchorena, Lezica, Díaz Vélez y Beláustegui.

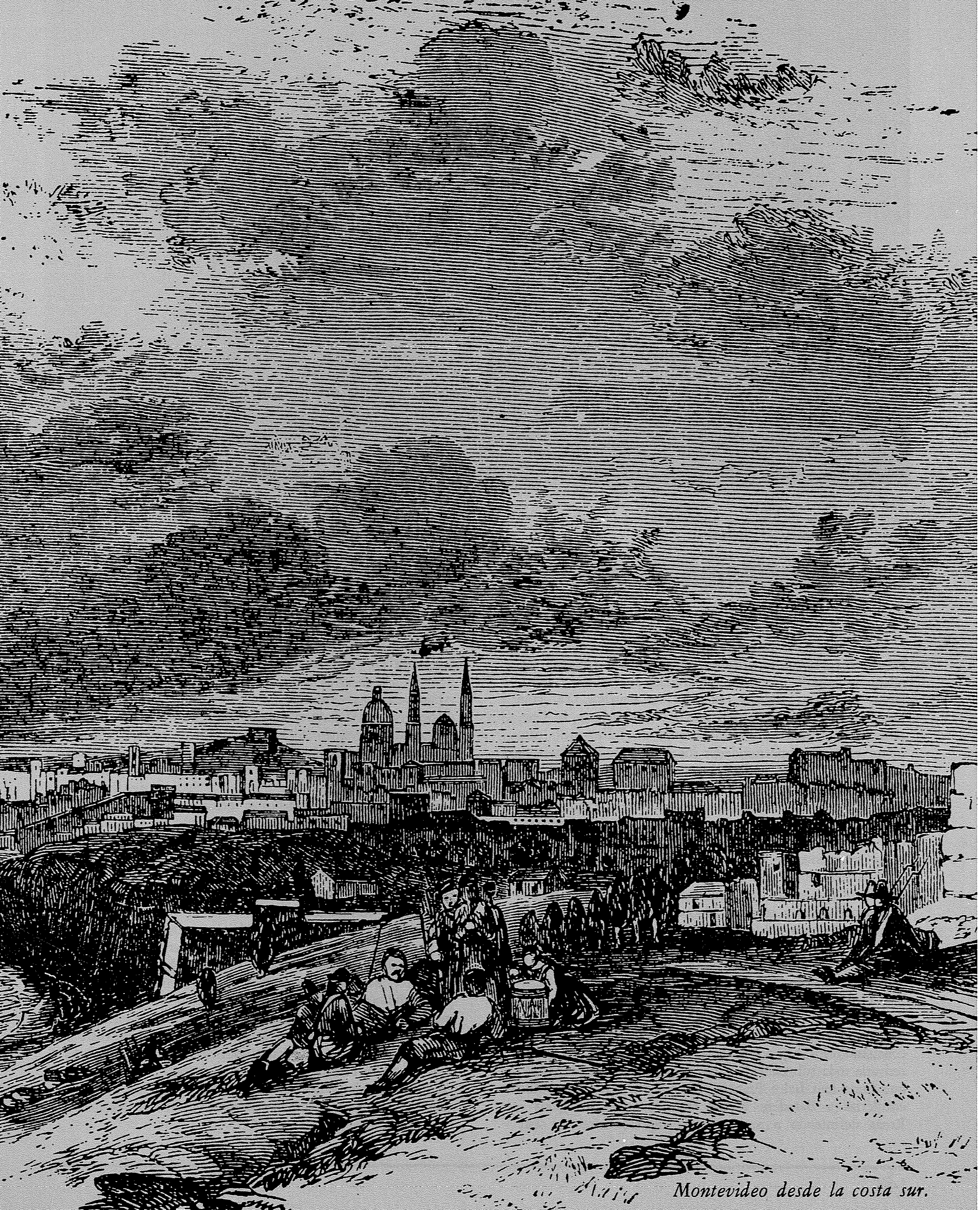
Estos hombres rodearon generalmente a Lavalleja, a través de cuya influencia y poder esperaban conseguir del nuevo estado el reconocimiento de sus derechos: propiedad de los campos y pago de los créditos. Varios aparecen como promotores de los levantamientos del caudillo oriental durante la primera presidencia de Rivera. De este modo las rivalidades de nuestros caudillos encontraban fácilmente el ingrediente de los reclamos argentinos, para internacionalizar las guerras civiles. En los primeros meses del gobierno de Manuel Oribe (presidente desde el 1º de marzo de 1835) se resuelven una serie de pleitos sobre campos a favor de los principales porteños mencionados, como también se satisfacen sus créditos contra el gobierno uruguayo. Al mismo tiempo Oribe toma una medida política de trascendencia y es la supresión de la Comandancia de la Campaña, cargo que desempeñaba Rivera, y mediante el cual ejercía en el interior un poder paralelo al del presidente en la capital. En julio de 1836 Rivera inicia desde varios departamentos la revolución que dos años después terminó con su triunfo sobre Oribe.

La comunidad de intereses tipificados no agota la razón de las alianzas entre los partidos orientales y argentinos. La lucha entre unitarios y federales —pautada en 1835 por el triunfo de Juan Manuel de Rosas bajo la bandera federal aunque luego practicará una política idéntica a la del grupo centralista porteño—, la obligada emigración de los unitarios transformó a nuestro país en base estratégica para organizar futuras expediciones contra el sedicente Restaurador. Oribe trató de vigilar estrechamente a los unitarios emigrantes de manera de conservar sus buenas relaciones con Rosas, pero Rivera, a su vez, se enlaza a los unitarios, cuya ayuda necesita para derrocar a Oribe, como también a los republicanos ríograndenses promotores de un movimiento separatista del Imperio. Oribe estrecha aún más sus vínculos con Rosas; luego del levantamiento de Rivera promete al mandatario argentino su ayuda para poner orden en la Argentina. Las proclamas que acompañaron todas estas alianzas, legitimando los procederes, no lograron encubrir la subordinación a las conveniencias tácticas momentáneas.

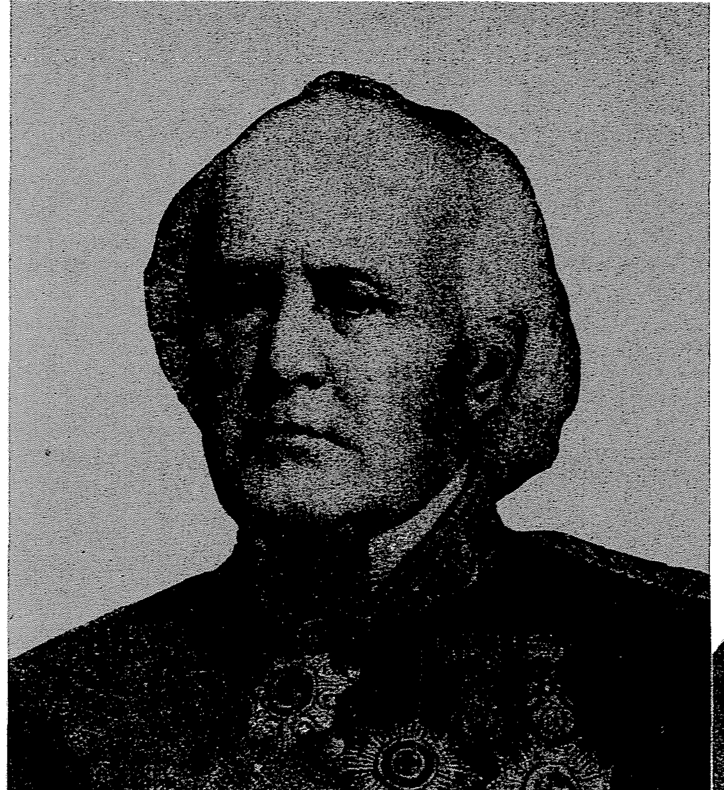
EL CONSUL DE FRANCIA EN MONTEVIDEO

Aquí, en Montevideo, está el general don Fructuoso Rivera, que se siente incómodo, no pudiendo habituarse a desempeñar el papel de segundo personaje del Estado, después de haber sido el jefe supremo. Y porque se quiere poner término a sus depredaciones y no permitirle más disponer a su capricho de la fortuna pública, protesta por la violación de la Constitución que él violó, él, mil veces, alza el estandarte de la rebelión, entrega su país a todas las calamidades de la guerra y toma, con igual pompa, el título de defensor de esta Constitución! [. . .] Y es todavía el general don Juan Antonio Lavalleja, el autor y el jefe del movimiento revolucionario de 1832, eliminado por esto del contralor del ejército, arruinado, espoliado por don Fructuoso Rivera, que saqueó sus estancias, confiscó sus numerosos ganados en su beneficio y le tuvo desterrado, reducido a vivir de la generosidad de Rosas todo el tiempo que duró la primera presidencia; Lavalleja, al cual don Manuel Oribe devuelve todos sus grados, abre las puertas de su patria y consigue de las Cámaras que sea indemnizado por el Tesoro Nacional por sus propiedades confiscadas en 1832; Lavalleja lanzándose, entregándose, a las más miserables intrigas hoy, ni aun se ruboriza, se dice, de hacer insinuaciones a don Fructuoso Rivera, a fin de juntar sus fuerzas contra el gobierno legal; Lavalleja, en fin, a quien una ambición tan demente como mal inspirada empuja a desconocer, a la vez, los deberes que le imponen el reconocimiento hacia el presidente Oribe y su calidad de ciudadano hacia su país. [. . .] Pero es a nuestro lado, en la provincia de Río Grande, que el furor de los partidos desarrolla, sobre todo, sus estragos y cotidianas y sangrientas represalias. Allá no hay cuartel; guerra a muerte, guerra de exterminio entre los independientes (farroupillas) y los imperiales (caramurús). De cada lado masacres, actos de barbarie, de ferocidad, que ponen los pelos de punta.





Montevideo desde la costa sur.



"Jue pucha con los franceses / navegar tantos mares / venirse al cuete". Almirante Tréhouart, al mando de un navío de la escuadra francesa en la batalla de Obligado.

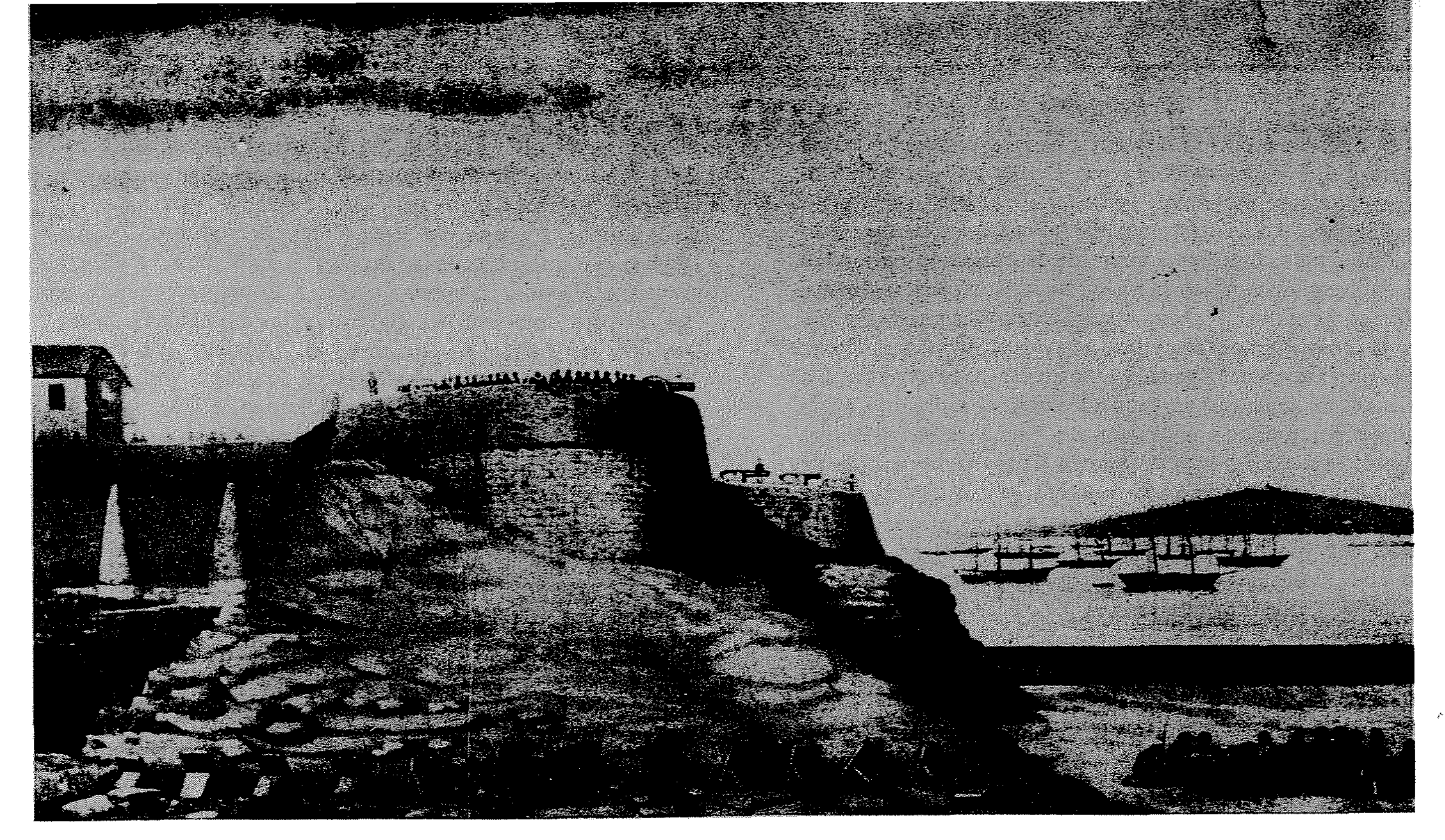


Coronel Jean-Chrysostome Thiébaut, ex oficial bonapartista, jefe de la Legión Francesa desde 1843. No llegó a ver la paz. Murió en la miseria en 1851.

La intervención francesa

A cambio del reconocimiento de la independencia de los nuevos estados americanos las potencias europeas trataban de imponer tratados comerciales favorables y privilegios para sus súbditos radicados en aquéllos. Tal cosa había conseguido Inglaterra en 1825 respecto a la Confederación Argentina. La Monarquía de Julio quiso otro tanto; en varias oportunidades los representantes franceses en el Plata habían reclamado contra lo que entendieron abusos de Rosas en perjuicio de los súbditos franceses radicados en Buenos Aires. En 1837 Rosas se enfrentaba a serias dificultades y, de manera especial, al peligro unitario que le amenazaba desde nuestro país. Francia creyó que era el momento de arrancarle concesiones similares a las que gozaban los ingleses pero Rosas se negó. En marzo de 1838 la escuadra francesa declara bloqueado el puerto de Buenos Aires y como el bloqueo se mostró insuficiente como medio para doblegar a Rosas se decidió estimular la invasión unitaria y para eso convenía aliarse con Rivera. Consecuencia inmediata de esa alianza es la ocupación de la isla Martín García y pocos días después, el 24 de Octubre, Oribe abandona el gobierno y se traslada a Buenos Aires. Rivera, victorioso, debe ahora cumplir sus compromisos con franceses y unitarios, cosa que trata de eludir, concitando los reproches de los franceses que amenazan retirarle toda subvención "y tomar la causa de otro partido que fuese más fiel a Francia". La inconstancia del caudillo encoleriza a Baradère, cónsul francés, quien lo iguala a Rosas definiendo a ambos como representantes de este mismo principio: "el del triunfo de la población de la campaña sobre la ciudad; de la masa ignorante, brutal, sobre la parte esclarecida; del gaucho semi-salvaje y en chiripá (sans culotte) sobre el hombre social: en una palabra, el triunfo de la barbarie sobre la civilización".

El bloqueo suscitó las protestas del comercio inglés con sede en Buenos Aires; las cancillerías intercambian notas y amenazas vedadas; en octubre de 1840 Mackau y Arana, en representación de Francia y la Confederación, respectivamente, firman una convención por la cual se levantaba el bloqueo. Si bien el conflicto entre Francia y Rosas quedaba resuelto, subsistía la guerra contra Rivera y los unitarios. Desde febrero de 1839 fuerzas rosistas habían invadido nuestro territorio al mando de Echagüe, junto a caudillos argentinos y orientales como Urquiza, Lavalleja, Servando Gómez y Eugenio Garzón. Rosas pensaba en la reabsorción del Estado Oriental, derrotado Rivera, o por lo menos en la anulación de la competencia económica del puerto de Montevideo. Pero aquí encontró un escollo formidable. En la ciudad-puerto se jugaban intereses e influencias poderosas. A la propia población montevideana la terminación de la guerra franco-rosista le perjudicaba económicamente y ello sería motivo suficiente para trabar toda política pacificadora. Durante el bloqueo a Buenos Aires el movimiento comercial hacia las provincias argentinas se realizó a través de Montevideo, mediante barcos de cabotaje fletados por comerciantes orientales y franceses; estas operaciones perjudicaban a los ingleses, de ahí la presión ejercida sobre Francia; una vez levantado el bloqueo los perjudicados eran los comerciantes orientales y los dos mil franceses radicados en Montevideo que protestaron airadamente contra la resolución de su gobierno.



Allí donde la península baja abruptamente a la bahía, sobre el Cubo del Norte, se levantaba la Batería Cagancha.

Montevideo sitiado

Las operaciones militares se tornaron favorables a Rosas. Lavalle, general de las fuerzas antirrosistas, es derrotado por Oribe y mortalmente herido. Oribe se ha transformado en la figura principal del ejército federal; tiene una condición frente a los otros caudillos federales que conviene a Rosas: no puede exigirle nada en su alianza, fuera de conservarlo como su candidato para el gobierno uruguayo; y Oribe cumple puntualmente con la política de terror que se le exige en esa guerra fratricida. En filas contrarias no hay unidad; se suscitan desavenencias, sobre todo entre Rivera y el general argentino José María Paz. Según éste, Rivera no se ocupaba seriamente de la guerra; "sus concepciones —dice— no iban más allá del muy vulgar plan de alimentar las montoneras... atrayendo las masas y haciendo jugar los resortes del caudillaje". Consistían éstos en retener las masas adictas mediante el arreo de ganado y reparto de cueros, despreocupándose de la disciplina y la estrategia militar. Denuncia que en sus campañas en la Confederación el caudillo oriental no hacía otra cosa que robar y asolar el país, haciendo acopio "de corambres que se remitían a Montevideo" por cuenta del propio Rivera.

En diciembre de 1842 Oribe derrota a Rivera en Arroyo Grande; el 1º de febrero de 1843 pone sitio a Montevideo, que durará nueve años, haciendo recordar a los contemporáneos el famoso asedio de Troya por los aqueos; Alejandro Dumas, que noveló estos acontecimientos, divulgó el nombre de "La Nueva Troya" para referirse a nuestra capital; el sitio por tierra fue completado con el bloqueo por mar que establece la flota rosista comandada por el almirante Brown, quien en agosto del año anterior había derrotado la flota antirrosista al mando de José Garibaldi. Montevideo está cercada. Su caída es inminente. Pero dentro de la plaza otros intereses que los exclusivamente orientales estaban dispuestos a resistir. En efecto, Montevideo se había transformado en el asiento de hombres de todas las nacionalidades; hacia 1840, en una población de cuarenta mil personas, la mitad eran extranjeros, siendo el grupo mayor de origen francés; con poco andar Montevideo se transformaría en una colonia francesa. Luego que Oribe se instala en el Cerrito donde constituye el asiento de su gobierno declara a todo extranjero adicto a la Defensa, traidor y salvaje unitario; entonces cada uno de esos grupos nacionales, franceses, italianos, vascos, etc., forman de inmediato legiones con sus propios jefes para defender la plaza. Reclaman, en fin, la intervención de sus gobiernos.

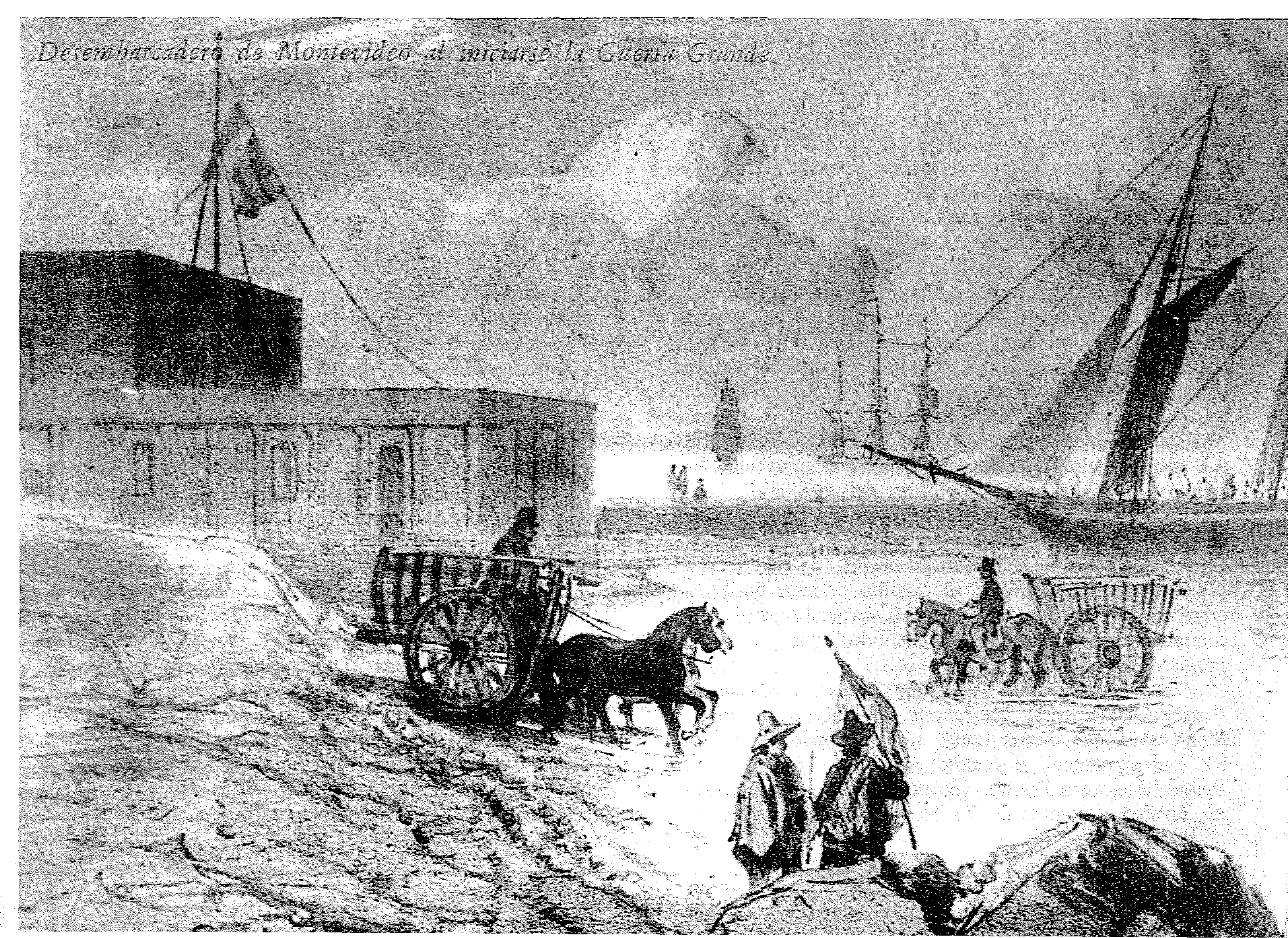
No era fácil para los gobiernos europeos esquivar el llamado de los colonos; lo que sucedía en Montevideo era la expresión concreta de un fenómeno general, la migración europea. "El que se ve con el dogal al cuello, el que huye del hambre y la miseria, sólo piensa en salir de la situación precaria en que se encuentra", escribía en esa década Alejandro Magariños Cervantes, para explicar la atracción que el Plata ejercía en labradores y artesanos europeos, víctimas de las crisis de la sociedad industrial. Por su parte, estos países los necesitaban para incrementar sus industrias o como maestros de la mano de obra nacional; la xenofobia fue un fenómeno esporádico, en mucho determinado por las circunstancias políticas; en tal sentido no había diferentes filosofías en los dos bandos;

en el número reducido de prácticos que trabajaron en el puerto del Buceo, habilitado por Oribe, trabajaron portugueses, ingleses, españoles, sardos e irlandeses.

Si bien el levantamiento del bloqueo a Buenos Aires determinó que importante parte de la población extranjera radicada en Montevideo derivara hacia la capital argentina, permanecieron en la plaza sitiada intereses sumamente valiosos, especialmente los vinculados a un grupo de capitalistas que asociados a patricios orientales constituyeron una sociedad de prestamistas para adelantar al Gobierno de la Defensa los fondos que le faltaban para atender múltiples obligaciones y los gastos de guerra. Como contrapartida de esos fondos el gobierno les concedía la administración de las rentas de aduana y el derecho a beneficiarse con la mitad del producido de las mismas durante un año. El convenio se repitió varias veces de tal modo que llegaron a quedar hipotecadas las rentas de todos los años venideros hasta 1851. Con el tiempo participarían en la sociedad accionistas alemanes, argentinos, brasileños, españoles, franceses, ingleses, italianos, norteamericanos, portugueses y orientales. Ahora bien, al disminuir los ingresos al puerto de Montevideo se perjudicaban tanto los prestamistas como el gobierno, de ahí que ambos tuvieran necesidad de liquidar la competencia de Buenos Aires. Pero Rosas se fortalecía. En 1845 Rivera, derrotado en India Muerta por Urquiza, desprestigiado ante el patriciado montevideano, huye a Río Grande. En Montevideo dominan hombres como Melchor Pacheco y Obes, Andrés Lamas, Manuel Herrera y Obes, Juan A. Gelly, Santiago Vázquez, etc.; son amigos y socios de los unitarios argentinos. Angustiados, envían misiones a Inglaterra, a Francia, a Brasil; Santiago Vázquez propone "apelar a los representantes de los Estados interventores y entregarles la ciudad". Montevideo, denuncian los oribistas, está plagado de extranjeros y traidores a los intereses nacionales y americanos. La plaza sitiada llama y se abre a Europa. Así se van configurando los esquemas ideológicos; para unos se trata de una lucha entre la Civilización y la Barbarie; para otros, la lucha entre lo Americano y lo Europeo.

Mientras tanto, los comerciantes de Manchester y Liverpool protestan en Londres porque Rosas, clausurando los ríos Uruguay y Paraná, les impide comerciar con las *provincias argentinas y el Paraguay*; Rosas cierra, además, ese tráfico a Montevideo, y no tolera la competencia de Entre Ríos prohibiendo el ingreso de ganado de dicha provincia a Buenos Aires; a Urquiza se le hace pesada la lealtad al Restaurador; éste, más que guardián de la independencia americana, como proclaman sus adictos, es celoso cancerbero del monopolio porteño.

Este conjunto de problemas irresueltos determinará una serie de *misiones franco-inglesas* con la finalidad de


Desembarcadero de Montevideo al iniciarse la Guerra Grande.

llegar a un arreglo con Rosas quien, después de todo, parece ser una garantía para el comercio extranjero al imponer orden en el Plata, pero Rosas plantea exigencias que rompen la estrategia tradicional de Inglaterra, pues no acepta el retiro de las tropas argentinas del Estado Oriental; se puede temer que su objetivo es el dominio de las dos márgenes del Plata imponiendo a Oribe como presidente legal de nuestro país. Tampoco convienen a Brasil y Paraguay este fortalecimiento de Buenos Aires. Las potencias europeas restablecen el bloqueo.

Sin embargo en Inglaterra se denuncia que dicha operación sólo favorece a los franceses y de manera particular a los accionistas de esa nacionalidad que integran la sociedad administradora de las rentas de aduana, que han vuelto a crecer al vivificarse nuevamente la actividad comercial por el puerto de Montevideo. A la inversa, disminuyen las del puerto de Buenos Aires comprometiendo la satisfacción de obligaciones que tenía Rosas con la casa inglesa Baring-Brothers, cuyo agente M. Hood goza de la amistad del tirano e inicia nuevas tratativas que concluyen en 1847 con otro triunfo de Rosas, pues Inglaterra e retira del bloqueo; al año siguiente hace lo mismo Francia que por sí sola no puede atender la política europea en el Plata, y cuya situación interna es crítica desde que la revolución de Febrero de 1848 determinó la caída de la Monarquía de Julio.

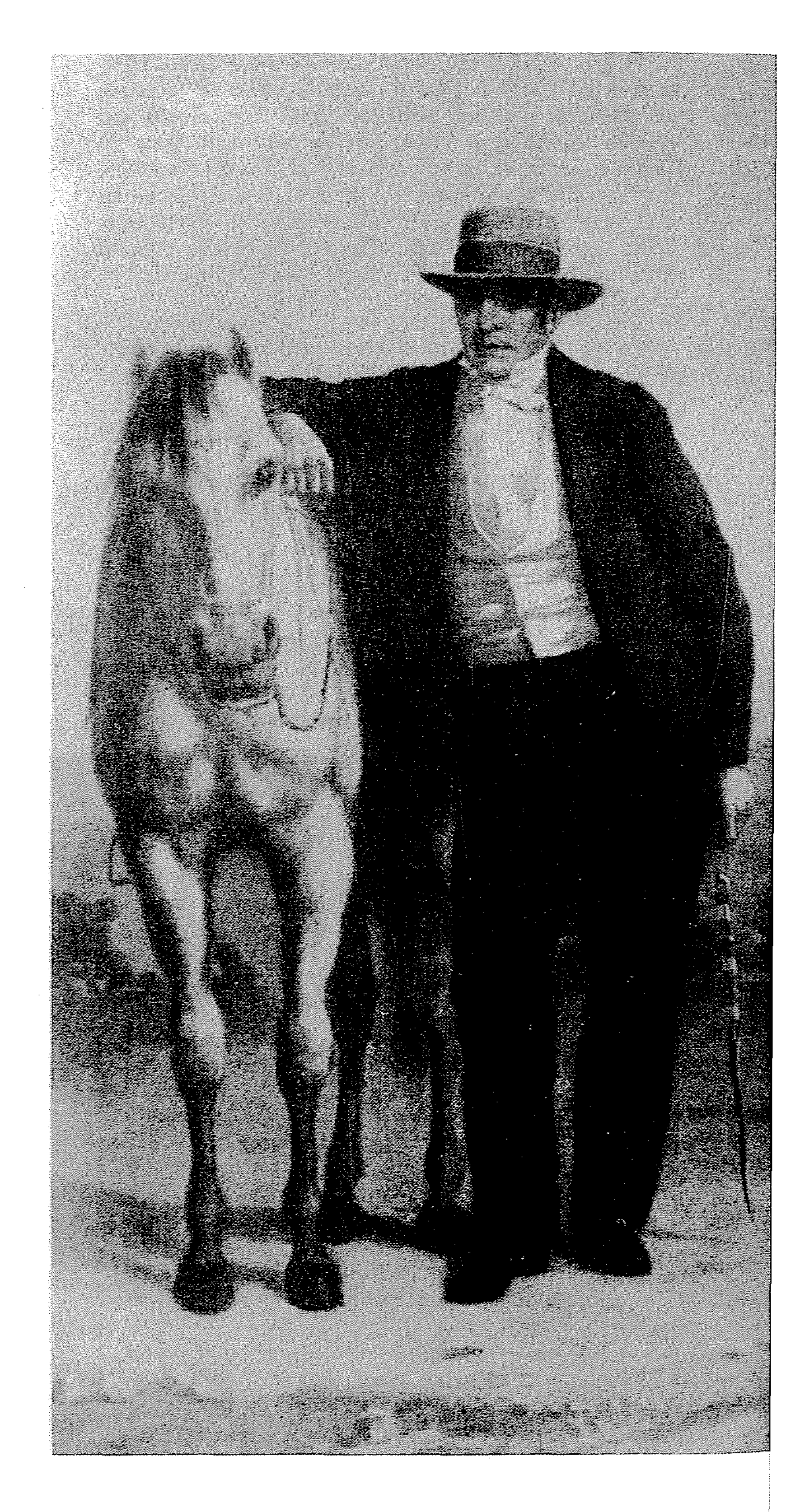
En Montevideo vuelve a cundir el pánico; Oribe se fortalecía; Rivera, vuelto del Brasil, intenta inútilmente nuevas operaciones; su descrédito es absoluto y como intenta un acercamiento a Oribe el grupo anticaudillista —los doctores— lo destierra. Su esposa, doña Bernardina Fragoso, le escribirá que a la gente de Montevideo "nada le importa sino su bolsillo". Desde su destierro en Río de Janeiro el caudillo denunciará que la capital "está sometida exclusivamente a la influencia francesa y a la voluntad de Garibaldi"; coincidía ahora con los juicios de su rival quien desde el Cerrito pujaba entre la alianza con Rosas y un clamor creciente en sus filas de arrojar aquella tutela. Para algunos caudillos oribistas la sumisión del Presidente a la política de Rosas resultaba opresiva y desventajosa incluso para sus intereses materiales. La tregua militar creada por las misiones pacificadoras franco-inglesas permitió a muchos orientales (por ejemplo el Coronel Lucas Moreno) prosperar en empresas comerciales efectuando transacciones con los mismos franceses; los caudillos blancos constataban que éstos no eran tan arrogantes y los jefes franceses se felicitaban de tener amistad con gente tan exquisita como los caudillos blancos. No obstante sus dudas, Oribe se mantuvo fiel al dictador argentino y toleró —al decir de Urquiza— "la devastación de su hermoso país".


(Dibujo de B. Lauvergne)

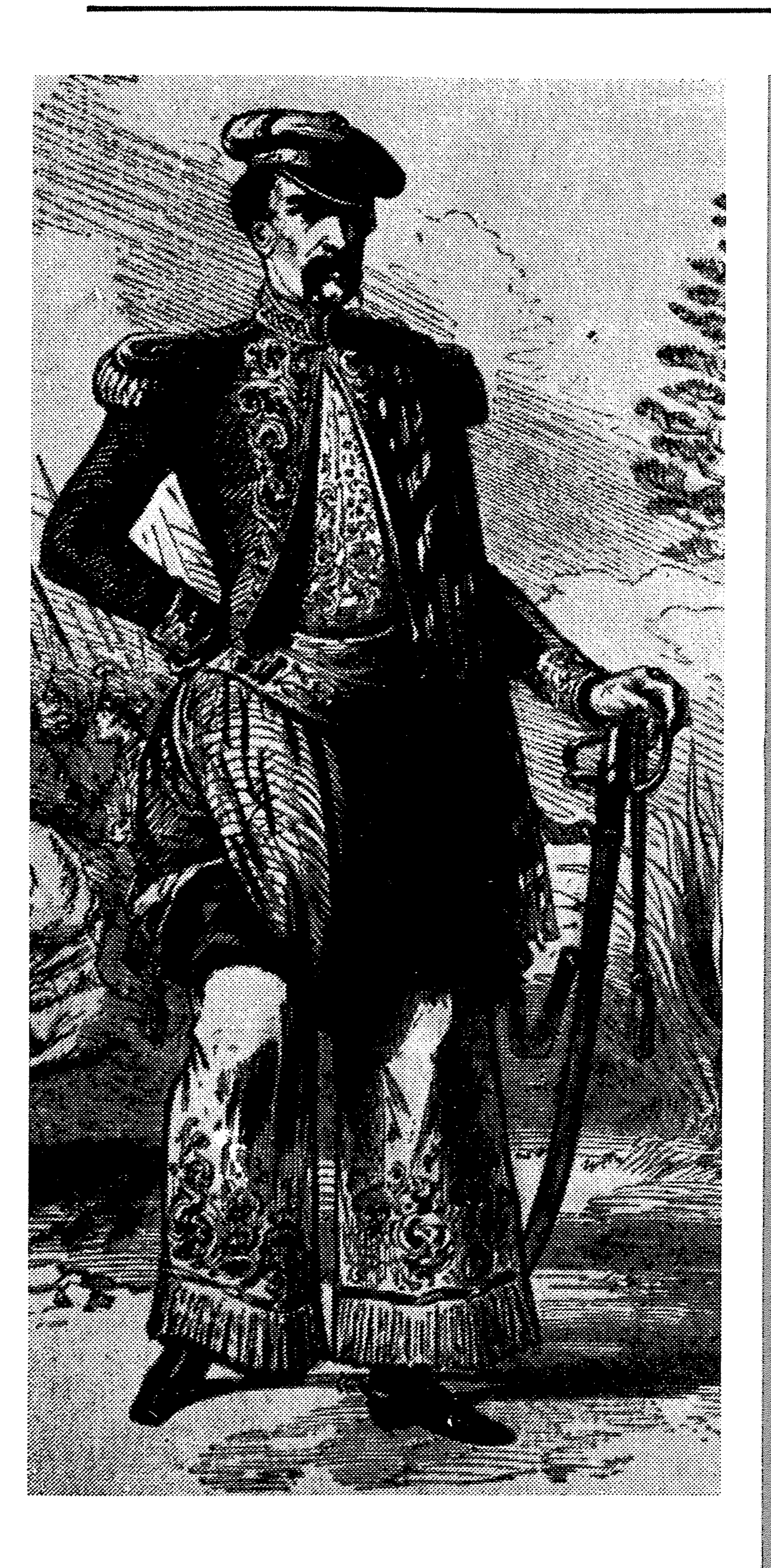
La guerra y la población de la campaña

La población de la campaña padecía, en toda la gama imaginable, las consecuencias de la guerra; gauchos, peones, pequeños hacendados arruinados, colorados que habían vuelto de Brasil adonde emigraran junto con Rivera, negros a quienes se manumitiera con la condición de engrosar las filas, llevaban la vida azarosa del pobre de todos los tiempos. La miseria del pueblo no derivaba exclusivamente del hecho de la guerra, sino que los efectos desquiciadores de ésta no se repartían bajo ningún criterio de equidad. En esa distribución de males incidía el criterio distributivo de la riqueza de la campaña, pues allí estaba el campo y el ganado, de amigos de la causa y de sus enemigos. ¿Qué hacer con las propiedades? Aunque en 1840 Cándido Juanicó pudiera decir "la campaña se halla en un estado miserable. Desierto y taperas es lo único que se ve", lo cierto es que el campo no podía emigrar; lo hicieron, sí, los riveristas, luego de la invasión de Oribe; unos hacia Brasil y otros hacia Montevideo; algunos hacendados vendieron sus estancias "a vil precio" como dirá la propia prensa oribista, pues la inseguridad de la campaña les invitaba a volcar sus capitales en edificios en Montevideo. Otros fueron simplemente confiscados, y no había ante quien protestar o reclamar justicia porque eran traidores a la causa legal desde el año 1836, cuando se levantaron junto a Rivera contra Oribe —según explicaban en el Cerrito— y era de justicia, por lo tanto, que quienes ahora ejercían el poder en la campaña los castigasen. "¿O querrían ellos —razonaba la prensa oribista— que dejándoseles en posesión de sus bienes, se convirtiesen éstos en otros tantos medios de dañarnos a nosotros en cuyo poder estaban? ¡Oh! ¡sería necesario entonces que se nos tachase de mucha imbecilidad!".

De los frutos del campo lo más fácilmente aprovechable era el ganado. A través de los comandantes de campaña (encargados militares y administrativos en cada departamento), la especulación sobre esos bienes que teóricamente se transformaban en bienes fiscales, dependía de la honestidad de aquéllos y de sus compromisos. En cuanto a lo primero puede pautar su relatividad las quejas que levantan en 1848 unos vecinos de Salto contra su comandante general, Lucas Píriz, a quien definen como "gaucho (entrerriano) ignorante y ladrón", y piden que se le sustituya por "un paisano que aunque no sea ilustrado al menos que tenga honradez". En el transcurso de los años los ganados confiscados, luego que se permite regularizar su marca, se convierten en bienes privados, pero antes ¡cuántos desvelos y robos mutuos entre los triunfadores! No faltan los nombres de importantes caudillos en esas denuncias; en 1851, Leandro Velázquez, alcalde de Salto, se lamenta de tener pocas vacas en sus campos porque gente enviada por Lavalleja, Moreno, Barbat, etc. le han despojado a él, y a otros vecinos, de los animales que te-



"El General Rivera en campaña".
Oleo de Juan Manuel Blanes.



El general Justo José de Urquiza.

Una imagen pintoresca para lectores franceses de "L'Illustration" (1852).

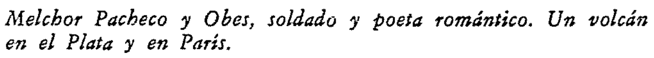
ALFRED DE BROSSARD, DIPLOMATICO FRANCES DESTACADO AL RIO DE LA PLATA EN 1847, ANALIZA LAS VENTAJAS DE MANTENER RELACIONES COMERCIALES CON EL ESTADO ORIENTAL.

Hasta ahora no habíamos visto que nuestras relaciones con el Plata y el Estado Oriental podían llegar a ser el principal punto de nuestro comercio, de nuestra navegación y de nuestra emigración. Hasta la paz de 1828 la Banda Oriental, constantemente desolada por las guerras, no ofreció más que un débil alimento al comercio, y Montevideo, siempre asediada, no tenía otra importancia que la de una plaza guerrera. Pero cuando la independencia del país fue reconocida; cuando una Constitución esencialmente favorable a la emigración extranjera fue sancionada, las ventajas incontestables de la posición marítima y comercial de Montevideo a la entrada del Plata; la fertilidad prodigiosa de un vasto territorio, donde la abundancia de ríos impide las sequías tan frecuentes y desastrosas para las bestias en el territorio argentino, y donde las crías de animales se duplican regularmente cada tres años; más que todo ello todavía, la comparación de un gobierno indulgente y liberal con el inflexible despotismo establecido por Rosas en Buenos Aires después de 1835, imprimió un prodigioso movimiento de prosperidad a Montevideo y a la Banda Oriental. Nuestro comercio, sobre todo, adquirió allí un desenvolvimiento considerable, incesantemente favorecido por la llegada sucesiva de numerosos emigrantes franceses. Esta emigración, en gran parte compuesta por obreros originales del país vasco, atraídos por la salubridad del clima, las hospitalarias costumbres hacia los extranjeros y el elevado costo de la mano de obra, hace rápidos progresos.

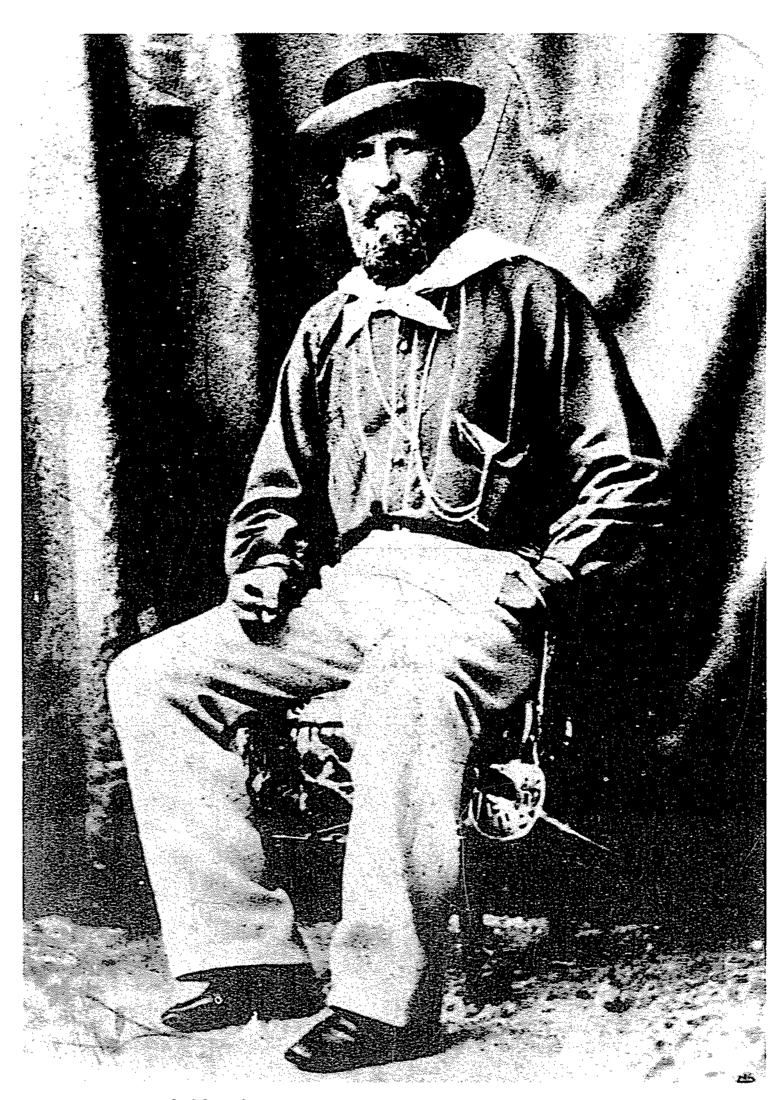
Entretanto que de una parte esta población introduce en una proporción siempre creciente el gusto y las necesidades por nuestros productos, ella traslada a Francia considerables capitales, fruto de su trabajo y de su economía. Estadísticas dignas de fe no estiman en menos de 2 millones de francos las sumas enviadas por los vascos franceses a su país natal, durante muchos años consecutivos. Esto se comprende sin esfuerzo, si se recuerda que el menor jornal de un obrero es de 5 a 6 francos y que para ciertos oficios especializados, los jornales se elevan a 20 ó 25 fr. En fin, muchos de nuestros compatriotas pueden levantar en el mismo país, establecimientos considerables para la crianza de animales y la explotación de sus productos, tales como el de M. Schérer que ha logrado un capital de un millón y medio de francos. Con estos antecedentes, la convención provisoria del 8 de abril de 1836 pudo asegurar a nuestros compatriotas, a nuestros comerciantes y a nuestra navegación, tratados como a la nación más favorecida.

Gracias a la paz y a tal concurso de circunstancias, desde 1838 cinco mil franceses se hallan matriculados en el Consulado de Francia, y el valor de los productos del Estado Oriental hacia nuestros puertos se elevó a la cifra oficial de 2.215.775 francos. Ahora bien, la venta de los cargamentos de Francia en la plaza de Montevideo cubre y sobrepasa los importes de expedición, de armamento y de viaje, de ida y vuelta. Todo lo que vuelve del Estado oriental constituye de esta manera un beneficio neto, y esta suma de 2.215.775 francos representa, desde 1838, en favor del comercio de Francia en esos parajes, un balance que nosotros veremos aumentar todavía.





Melchor Pacheco y Obes, soldado y poeta romántico. Un volcán en el Plata y en París.



José Garibaldi "héroe de dos mundos". No ganó la unanimidad en el Plata.

nían; después de recordar que jamás perteneció "al funesto bando anarquista Salvaje Unitario" amenaza: "he gritado y gritaré que me roban y haré conocer a todos mis amigos quienes son los ladrones y los empleados públicos que no quieren proteger ni hacer respetar mi propiedad; como es su deber".

Tampoco la llamada propiedad del estado escapaba a las violaciones; un funcionario de Paysandú revela en 1849 cómo los Juanicó eludían sus compromisos con el Gobierno contrabandeando grasa y sebo para Montevideo. Sin embargo las autoridades hicieron la vista gorda y el funcionario no tuvo otro recurso que prometer: "seguiré en adelante prestándome del mismo modo que antes". El gobierno es discrecional, pues, en materia de derecho, aunque formalmente no esté autorizado a serlo; pero sucede que si no atiende los intereses de los caudillos y sus amigos, corre el riesgo de que la subordinación sea reemplazada por la rebeldía; tal le ocurre a Oribe con Servando Gómez; este caudillo, jefe de las fuerzas al norte del Río Negro, presiona varias veces sobre un recaudador de aduanas para que se le entreguen fondos que reclama como pago de pertrechos de guerra; Oribe niega ese pedido y en 1851 Servando Gómez se pasará a las fuerzas de Urquiza, cuando el caudillo entrerriano rompa con Rosas, y de hecho se transforme en enemigo de Oribe.

En las alturas la complicidad benevolente o la rigidez legalista varía según las circunstancias. El funcionario de poca monta, el hombre sin influencias, llega a ciertas perplejidades; en 1847, uno de ellos, encargado de vigilar las aduanas resuelve alejarse de su empleo porque no acierta a conciliar reglamentos y presiones personales; teme que lo ahorquen y —agrega— "lo más sensible y cierto será que sin comerlo ni beberlo"; la eventualidad podía sobrevenirle tanto por el lado del gobierno si no cumplía la ley o del lado de los caudillos si lo hacía. "No poseo más caudal que una regular reputación —continuaba—, no quiero perderla, no quiero —subrayaba con insistencia— que mis compatriotas y compañeros de trabajo, opinión y sentimientos, los Defensores de las Leyes, me corten el pescuezo"; y concluye resignado: "que lo hagan los Salvajes Unitarios, cuando puedan".

Hacia 1848, y más en los años siguientes, muchos



Una tradición que perduró. Encuentro de legionarios y garibaldinos que en 1882 ofrecen una misa a la memoria de Garibaldi.

pueden prosperar movilizando capitales propios y bienes confiscados a los enemigos. Hacendados y capitalistas argentinos y orientales desarrollan proficuas actividades saladeriles en el litoral y en las fronteras con Brasil, a la altura del Yaguarón; por aquí comercian con el Imperio, y a través del puerto del Buceo trafican con todos los países europeos, los Estados Unidos y Cuba, es decir, todo el mercado posible para los productos exportables del país. Pero se seguía en estado de guerra; había que alimentar y vestir al ejército; Oribe ya no puede contar con el producto de las confiscaciones y reclama ayuda de sus fieles mediante créditos o donaciones. No siempre encuentra eco en sus compañeros de causa; en 1848 solicita a Dionisio Coronel ganado para alimentar a los soldados del Cerrito; Coronel responde excusándose de no poder dar satisfacción a su general porque tiene la tropa comprometida con unos brasileños; no bien cumpla con sus obligaciones particulares —aclara— está dispuesto, cómo no, a que sus bienes "concluyan sirviendo de alimento a mis compatriotas".

Pero éstos, los soldados de fila, apenas si podían sobrevivir en defensa de las leyes y de los principios americanos, como decían sus jefes; cuando llegaba ganado al Cerrito se les entregaba su ración alimenticia pero los cueros eran repartidos entre los jefes, estafando por otra parte los derechos del Estado. Los soldados, decía Francisco Solano Antuña, "están desnudos. Estos abusos los ven todos y los sienten" pero "los callan porque publicándolos o comunicándolos... se exponen a un chisme, a una calumnia o una desgracia". Años y años de guerra, aunque a veces las treguas durasen meses y las familias del Cerrito y Montevideo pudiesen confraternizar, dejaban al país asolado, detenían su progreso, multiplicaban la miseria del pueblo, de la "plebe" al decir de "los patricios", quienes aplicaban a nuestra sociedad la nomenclatura de la antigua Roma. Francisco Solano Antuña veía en la intervención de los ministros extranjeros la culpa principal de esos males y exclamaba: "Permita Dios que pese sobre ellos en este mundo, toda la sangre americana que han hecho correr, y la masa inmensa de los daños de todo género que nos han causado!". Era parcialmente justo, porque las ambiciones de nuestros patricios tenían su enorme cuota de responsabilidad.

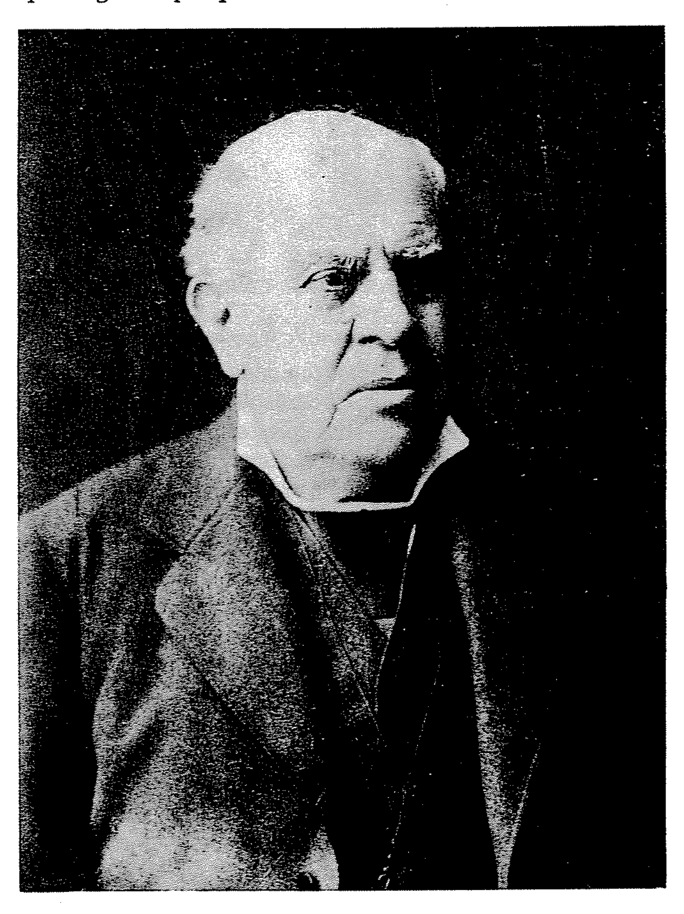
Los intelectuales interpretan su mundo

En el transcurso de la guerra las figuras más representativas de lo que podría llamarse la intelectualidad rioplatense esbozaron una teoría explicativa de los sucesos que presenciaban o protagonizaban. Por circunstancias especiales abundaron más las explicaciones provinientes de los hombres que rodearon al Gobierno de la Defensa; la fórmula que tuvo más éxito como síntesis conceptualizadora fue la de "Civilización y Barbarie", propagada por orientales, argentinos emigrados o ministros y cónsules extranjeros. Afán semejante pusieron los rivales en encumbrar otra fórmula en la que se subrayase que la antinomia estaba entre el ideal americano de independencia y los planes extranjeros de dominación; o la incompatibilidad de lo que llamaron el sistema europeo con la realidad americana. Llevados a ciertos extremos por representantes de ambos bandos esas fórmulas llegaron a resumirse en la común antítesis América-Europa, pretendiendo unos elevar lo americano como una verdad sui-generis, y atribuyendo los otros a lo europeo el carácter de panacea universal.

Si por ambos lados hubo exageración, distorsión o sofistería, no se debió ello a ignorancia de la realidad americana o europea; por lo menos no la hubo en aquellos aspectos más evidentes y sobre los cuales, aún admitiendo la insolvencia para un conocimiento total, podía emitirse un juicio moral desinteresado; es que, incluso en este plano, predominó la oportunidad y el prejuicio, el interés de facción o la ceguera de clase. Y, sin embargo, hubo rico conocimiento de las dos realidades y hubo también parciales formulaciones acertadas que la ciencia histórica puede recoger.

Las circunstancias políticas determinaron que una de las tesis tuviera sus principales sostenedores en los hombres radicados en Montevideo; y como centro fundamental, la otra, el círculo que rodeó a Rosas en Buenos Aires. En la elaboración de la ideología de la Defensa incidió de manera especial la emigración argentina, la de los unitarios primero, (con figuras como Florencio Varela, Julián Segundo de Agüero, Rivadavia, etc.), y la de jóvenes que, como Alberdi y Echeverría, se habían proclamado federales. Todos aportaron a nuestros jóvenes intelectuales novedosas filosofías de origen europeo y un conocimiento de la realidad que las hacía nacer, que indudablemente removió viejas categorías y los incitó a nuevas formulaciones. Y no faltó en aquel Montevideo desbordado de extranjeros, entre tantos franceses expelidos de su patria por la Monarquía de Julio, algún representante de las ideas más avanzadas, como el fourierista Eugenio Tandonnet que llegara en 1839 y deambulara por estas latitudes durante siete años.

Obviamente las novedades europeas llegaban con cierto atraso, pero no tanto como para impedir que la intelectualidad rioplatense repitiera, y casi con el mismo ritmo febril, las tendencias románticas, liberales y hasta socialistas europeas. Alberdi, por ejemplo, pagó tributo a la influencia de Gastón Leroux, el discípulo de Saint Simon, que siguiendo los pasos de su maestro elaborara una de las primeras formas del socialismo. Era un socialismo, debe puntualizarse, que por momentos señalaba certeramente algunos aspectos del capitalismo y, por otros, se proyectaba como la filosofía defensora de los derechos de los industriales frente a la aristocracia terrateniente, descubriendo en aquéllos la clase realmente productora de la sociedad y en éstos la ociosidad parasitaria. Pero, independientemente de sus conclusiones programáticas en el plano político, aportaban una filosofía de la historia que habría de subyugar a los jóvenes argentinos no comprometidos con la oligarquía unitaria, que llegaron a ver en el federalismo la fórmula más cercana a la expresión popular. Por eso podría decir Alberdi, en 1837, cuando aún permanecía en Buenos Aires que "El señor Rosas, considerado filosóficamente, no es un déspota", sino un representante del pueblo pues con él las clases populares habían accedido, al fin, al poder político. Poco después emigraba a Montevideo donde habría de reunirse con los unitarios, esa minoría privilegiada que poco antes denostara.



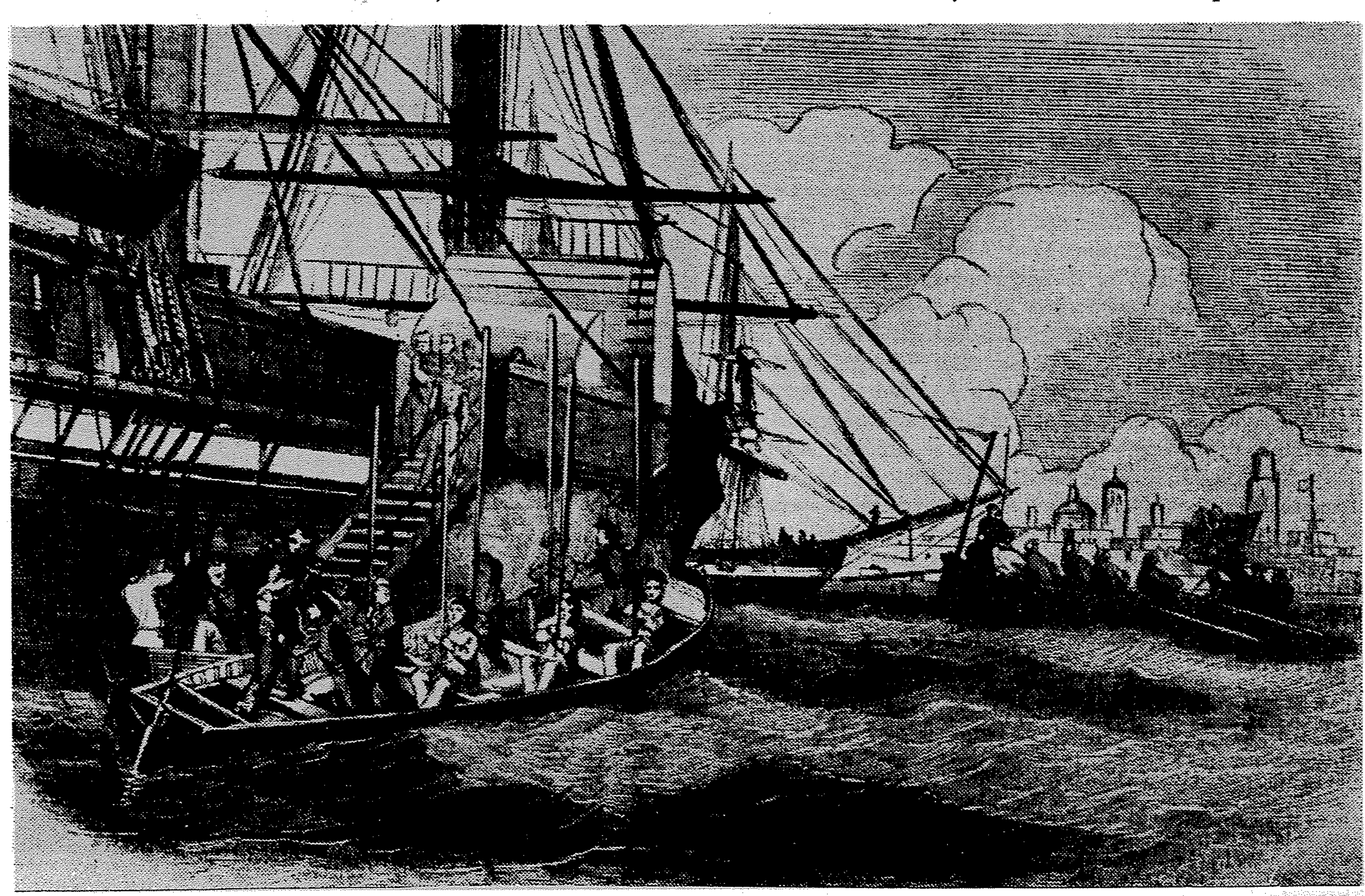
Domingo Faustino Sarmiento. Se le debe la célebre dicotomía "civilización o barbarie".

El Río de la Plata no era ambiente para lucubraciones reposadas y desprendidas de la lucha política: había que tomar partido. Y este Alberdi no tenía ninguna inclinación por la escolástica; para él "una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad". La filosofía que interese a América "será la que resuelva el problema de los destinos americanos". Desde la prensa montevideana, invitado por Lamas y Cané, otro emigrado argentino, divulga estas ideas. Su preocupación es "averiguar cuál será la forma y la base de la asociación que sea menester organizar en Sud América", en lugar de la sociedad colonial destruida por la Revolución de Mayo El sistema rosista, decía ahora, no es el conveniente a América porque (y en esto coincidía con juicios ya emitidos por Lamas) es la restauración del despotismo colonial. El orden social deberá basarse en un poder emanado de la libre voluntad de los asociados y no admitirá los privilegios. Su fin será, sobre todo, el progreso. Era simplemente el eco de las reivindicaciones que en Europa lanzaba la clase industrial contra la tradición aristocrática.

Esto no quiere decir que no se hayan conocido formulaciones más avanzadas; en 1842 Tandonnet escribía en "Le Messager Français", periódico dirigido especialmente para la colonia francesa, que mientras no se cambiasen los principios sobre los cuales se distribuía la riqueza "todos los desarrollos de la civilización, todos los descubrimientos, todos los progresos de la ciencia y de la industria" no harían más que "enriquecer a un pequeño número de privilegiados... y de reducir la clase más numerosa, la de los trabajadores, a la más horrible miseria, a la esclavitud más absoluta y cruel". Advertía a estos países jóvenes sobre esos peligros que ya surcaban en sociedades como las de Inglaterra y Francia. Pero en América el problema numérica y cualitativamente más grave no era el del proletariado; esas voces fourieristas tendrían poco eco.

Curiosamente, algún diplomático extranjero atribuyó al régimen rosista el carácter de socialista (en parte porque el uso del término era aún muy laxo, en parte con la finalidad de horrorizar a su gobierno) y muy lejos estaban las intenciones del Restaurador de promover tal cosa. Si se apoyó en las clases bajas sólo fue "para contenerlas y dirigirlas" como él mismo dijera.

Lejos también de esos extremismos estaban nuestros patricios; en el mismo año que escribía Tandonnet, Andrés Lamas rechazaba las ideas de Owen, Saint Simon o Fourier porque en su opinión respondían a la situación "peculiar de la sociedad europea" pero sin vigencia para pueblos como los nuestros a quienes el porvenir se les abría por otros cauces, que no eran otros que los del liberalismo. El mismo Echeverría, quizás el más proclive y sensible a las ideas socialistas y a las reivindicaciones proletarias, no



Juan Manuel de Rosas abandona el Río de la Plata a bordo del "Centaur". Inglaterra será su destino y su tumba.

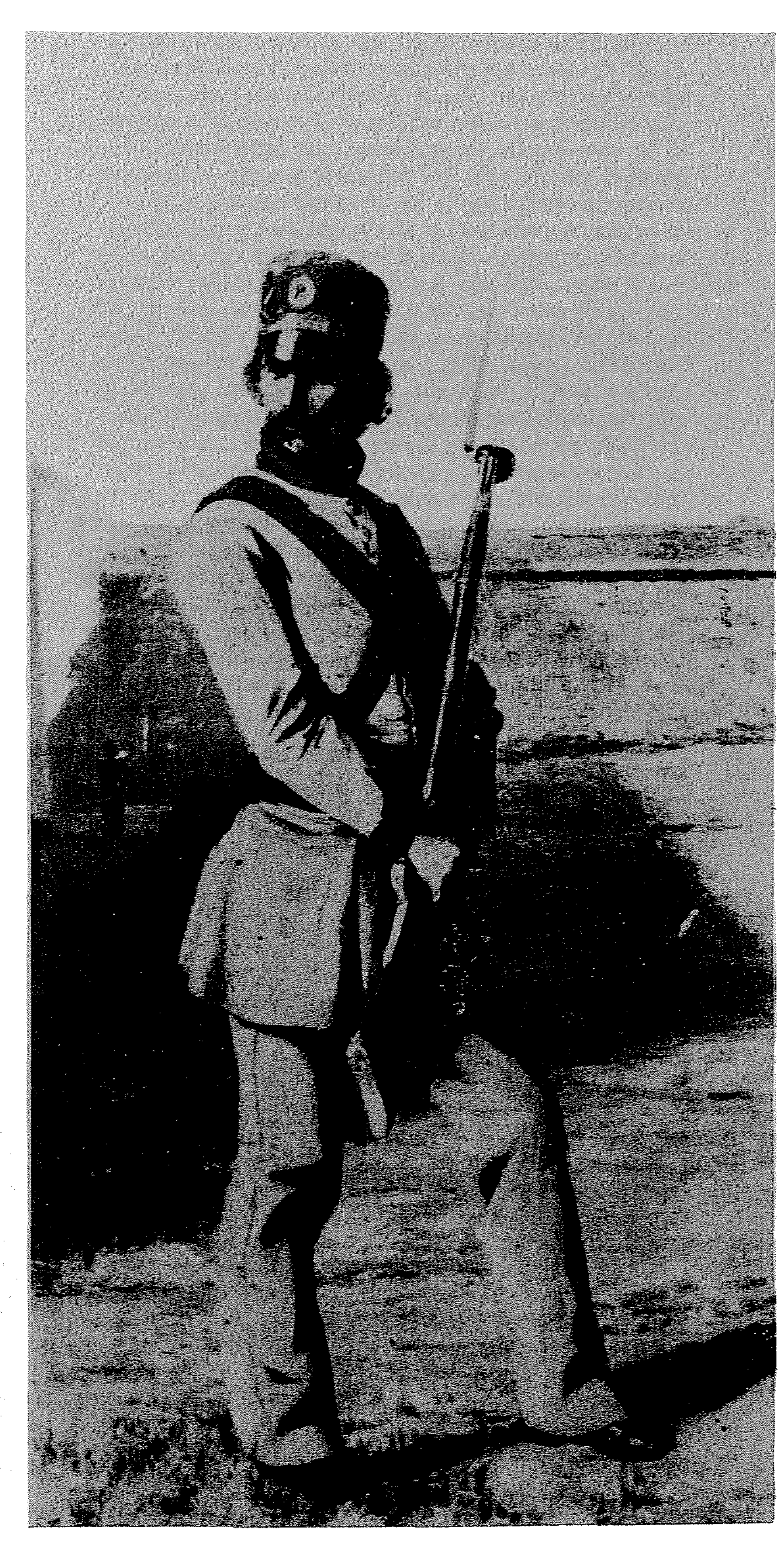
las cree viables para resolver los problemas americanos. "¿No sería absurdo —se pregunta— que cada uno de los utopistas europeos tuviese un representante entre nosotros?"

No puede extrañar, por lo tanto, que un hombre como Alejandro Magariños Cervantes, ejemplo de un catolicismo tenaz y retrógrado que llegaba incluso a temer la influencia desquiciadora del protestantismo sajón, pensase que el rosismo (agente conductor de la muchedumbre de negros, mulatos y salvajes), podría ser el preludio de algo peor, de esas "aberraciones de los socialistas" que ya habían cruzado el Atlántico, "nuevos gérmenes de inmoralidad y discordia".

En esos diez años tumultuosos las ideas ofrecieron una rica gama de matices, pero volcadas al problema político de la lucha contra Rosas llegaron al común denominador que identificó a Rosas con la Barbarie y a ésta se la explicó como la anarquía promovida por los caudillos conductores de las masas campesinas salvajes. Pero aún en el caso de haber desentrañado, con mayor o menor acierto, causas parciales del caudillismo y la anarquía, como no estaban para investigaciones desapasionadas, sino para la lucha política y para triunfar en la guerra a cualquier precio, les interesó sobremanera mostrar a ojos europeos que todo lo que hacían los caudillos, y en especial Rosas, iba contra los intereses de Europa y de la Civilización.

Por esa razón Andrés Lamas dirá en 1845 que el Restaurador había exaltado los sentimientos nacionalistas, que atribuía a herencia colonial y española, provocando como consecuencia "la antipatía al elemento extranjero, el odio al europeo". En realidad, había sido el bloqueo francés lo que inspiró a Rosas a esgrimir sentimientos nacionalistas, pero convenía estratégicamente volcar sobre el enemigo el estigma de xenofobia de modo de estimular la intervención extranjera. Eran necesarios los aliados y para justificarse ante el mundo entero se les proclamaba el paradigma de la civilización. Rosas, al clausurar los ríos, cerraba el paso a la Europa civilizadora, es decir, a la Europa industrial, a la que se le prometía, incluso, conservar a América, por los siglos, agrícola y ganadera. Del otro bando se denunciaban los resultados de este programa; la inevitable dependencia que acarrearía si América subordinaba su economía al desarrollo industrial alcanzado por los países europeos resignándose a ser mera proveedora de materia prima. La observación en sí correcta, simplemente aprovechaba los deslices dialécticos de quienes desesperaban por afianzar su alianza con las potencias interventoras, porque no faltaron en las filas antirrosistas voces que propugnaran el desarrollo de las manufacturas nacionales.

Esa identificación que hacían los hombres de la Defensa entre Civilización-Europa-Ciudad contrapuesta a la de Barbarie-Caudillos-Campaña, tuvo su respuesta por parte de los hombres del Cerrito. Bernardo P. Berro, desde la prensa oribista, mostrará tal falacia, puesto que en todas las guerras civiles hubo siempre entre los rivales, indistintamente, caudillos salidos del ambiente rural junto a hombres de la ciudad, y tampoco era patrimonio del medio urbano todo aquello que pudiera considerarse europeo o



Un policía de la Defensa (1843). Al fondo el muro semiderruido de la Ciudadela. Oleo de Juan Manuel Blanes.

civilizado. "La civilización de la Europa y la de la América es la misma" afirma, pero eso no significa que América deba copiar ciegamente cuanta novedad venga de Europa, cosa en la que no discrepaban los hombres de la Defensa como ya se ha visto. En ambos lados se expresa la inquietud de resolver los problemas americanos de acuerdo a la realidad americana, y en ambos lados se rechazan las ideas revolucionarias que atacaban los principios sobre los cuales asentaba su poder la oligarquía. La lucha no estaba entablada entre clases antagónicas, sino entre facciones de una misma clase. No podían, por lo tanto, esgrimir coherentemente ideologías opuestas, porque no había en sus intereses otra cosa que pequeñas variaciones en cuanto a la oportunidad de ejercitar en toda su plenitud los principios del liberalismo. La dificultad consistía en justificar quien aprovecharía sus frutos. Los intereses de la oligarquía no estaban desvinculados de Europa sino que, por lo contrario, habían nacido o desarrolládose por los vínculos con ella. Bien lo decía Alberdi: "Verdad es que los campos y haciendas han tomado después de la revolución un valor infinitamente mayor que el que antes tenían, merced a la libertad de comercio; pero este valor no es debido a ninguna transformación en la cría de animales ni en los productos de nuestra industria, sino a la concurrencia del extranjero en demanda de esos frutos, y al aprecio y estimación que de ellos se hace".

En cuanto a cómo resolvían el problema social, —esa levadura que usó la misma oligarquía para dirimir sus pleitos—, alguna voz aislada, inaudible, como la de Echeverría, se preguntó: "¿Pero cuándo nuestros gobiernos, nuestros legisladores se han acordado del pueblo, de los pobres?" para responderse que "nada, absolutamente nada han hecho por él"; "para el pobre no hay leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, persecuciones injustas. El ha estado siempre fuera de la ley".

Ni vencidos, ni vencedores

En 1849 otra misión francesa encabezada por Le Prédour está decidida a fallar a favor de Oribe aceptando así las últimas exigencias de Rosas. Las alianzas parecen invertirse, pero el poder de Rosas amenazaba a Brasil porque podría temerse que un Estado Oriental bajo su influjo a través de Oribe se convertiría, a poco andar, en otra provincia argentina; si Rosas conseguía la reabsorción, los ríos que desde el corazón de América bañaban territorios brasileños, paraguayos, argentinos y orientales, quedarían en su puño. Rosas podría, a voluntad y capricho, abrir o cerrar la llave de los ríos, su Buenos Aires, de esta forma volvía a ocupar el lugar de privilegio que tuvo durante la colonia, como capital del Virreinato y por mucho tiempo su puerto único. También resultaba amenazante para las provincias argentinas que la guerra concluyese en esos términos y agregaban sus temores a los que tenía el Imperio. En Montevideo, como es obvio, la misión Le Prédour era inaceptable; el gobierno de la Defensa divide sus opiniones sobre los caminos a elegir: unos corren a Francia para detener la aprobación del convenio por la Asamblea francesa y se comete a Pacheco y Obes, encargado de esos trámites, el reclutamiento de legionarios; otros, como Lamas y Herrera y Obes recogen la idea, ya sostenida por Rivera y Flores, de un acercamiento a Oribe; coinciden en esto con algunos prohombres del Cerrito, como Berro y Moreno, desconformes con la sumisa conducta del presidente frente al dictador argentino; están dispuestos, incluso, a aceptar al caudillo blanco como presidente si rompe con Rosas y anula las confiscaciones. El largo sitio podría llegar a su término pero el Gobierno de la Defensa aún puede jugar su última carta, una que desde años anteriores ya tiene barajada antes de soportar el desastre: la intervención brasileña.

Todos los intereses se anudan contra el peligro rosista: eso salvó a la Defensa. Era tiempo, entonces, de cantarle loas al Imperio, como hasta ese momento las habían entonado en honor de Europa. "No hay transacción posible entre el sombrío despotismo de Rosas y las instituciones eminentemente liberales que rigen en el Brasil, el país de la América del Sur, donde —no vaciló Magariños Cervantes en decirlo— se goza la mayor suma de libertad".

El Imperio pondrá serias condiciones: serán los tratados firmados por Andrés Lamas que dejarían a nuestro país bajo la órbita brasileña. En mayo de 1851 la diplomacia imperial obtiene su primer triunfo frente a Rosas; Urquiza se pronuncia contra el dictador. Nuestros patricios de la Defensa recuerdan a Brasil que Rosas es el nuevo Atila, el conductor de la masa ignorante y miserable decidido a asaltar sus fronteras para proclamar la libertad de los esclavos, en un país donde había veinte negros y mulatos por cada blanco; sería "la igualdad de derechos y el comunismo en acción". Varios caudillos abandonan a Oribe y se pasan a las tropas de Urquiza. El 8 de octubre se levanta el sitio de Montevideo. Cinco meses después, en febrero de 1852, Rosas es derrotado en Caseros.

Mientras el dictador argentino debe emigrar para Inglaterra en nuestro país se decide que no había ni vencidos ni vencedores; por el artículo 2 de la convención de paz "se reconoce que la resistencia que han hecho militares y ciudadanos a la intervención Anglo-Francesa, ha sido con la idea de defender la Independencia de la República Oriental".

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO, Eduardo. — *Anales Históricos del Uruguay.*
ARDAO, Arturo. — *Filosofía Pre-universitaria en el Uruguay.*
BLANCO ACEVEDO, Pablo. — *Estudios Históricos.*
CADY, John F. — *La intervención extranjera en el Río de la Plata.*
DE HERRERA, Luis Alberto. — *Orígenes de la Guerra Grande.*
MAGARIÑOS DE MELLO, Mateo J. — *El Gobierno del Cerrito 1843-1851.*
MORENO, Eduardo. — *Aspectos de la Guerra Grande 1847-1851.*
MUÑOZ AZPIRI, José Luis. — *Rosas frente al Imperio Inglés.*
PIVEL DEVOTO, J. E.; RANIERI, Alcira. — *Historia de la República O. del Uruguay.*
PUENTES, Gabriel A. — *La intervención francesa en el Río de la Plata.*

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo II

- * 11. Los porteños. - José María Traibel.
- * 12. Artigas: la conciencia cívica. - Aurora Capillas de Castellanos.
- * 13. Las montoneras y sus caudillos. - Julio C. Rodríguez.
- * 14. Los patricios. - José Claudio Williman (h.).
- * 15. La guerra de los imperios. - Gustavo Beyhaut.
- * 16. La Independencia y el Estado oriental. - Alfredo Traversoni.
- * 17. Divisas y partidos. - Oscar H. Bruschera.
- * 18. Civilización y barbarie. - Hugo Licandro.
- 19. Las guerras civiles. - Washington Lockhart.
- 20. El mundo romántico. - Angel Rama.

Cuaderno

Tomo II

11. Buenos Aires antes. - José A. Wilde.
12. Artigas: El juicio de la historia. - Antología de testimonios.
13. El pueblo en armas. - Paz, Iriarte, Dorrego.
14. Crónica de un hogar montevideano. - Julio Lerena Juanicó.
15. Batallas contra imperios. - Eduardo Acevedo Díaz.
16. ¿Independencia, anexión, integración? - Juan C. Gómez, Francisco Bauzá.
17. La guerra civil y los partidos. - Carlos María Ramírez.
18. Montevideo o la Nueva Troya. - Alejandro Dumas.
19. La revolución de las lanzas. - Abdón Arózteguy.
20. Rimas y leyendas. - Berro, Magariños Cervantes y otros.

Tomo I

- * I. La historia política.
- * II. 180 años de literatura.
- * III. La evolución económica.
- * 1. El mundo indígena.
- * 2. Las tierras del sin fin.
- * 3. La España de la conquista.
- * 4. Conquistadores y colonizadores.
- * 5. La conquista espiritual.
- * 6. Portugos y brasileños.
- * 7. El gaucho.
- * 8. El mostrador montevideano.
- * 9. Amos y esclavos.
- * 10. La vida cotidiana en 1800.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
36. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetisas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

* Números ya publicados

1 enciclopedia
+ 1 cuaderno
$ 85

ENCICLOPEDIA URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Octubre 1968.